

Hoy me toca decirle adiós a Carlos Cerda y rendirle un homenaje al amigo, al colega, al miembro del comité editorial de nuestra revista Apuntes.

Es una tarea difícil que no puedo enfrentar sin rebeldía.

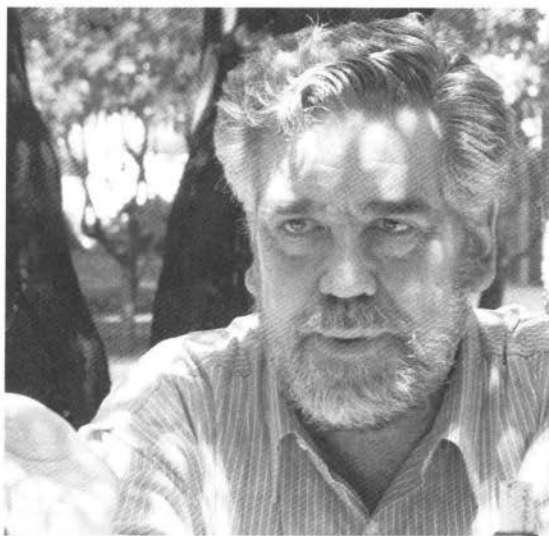
La muerte de Carlos Cerda duele. Pasan los meses y la pérdida se siente más. Se extraña su presencia silenciosa y tranquila y dan ganas de preguntarle algo, y dan ganas de saber qué es lo que piensa, y uno quisiera escuchar sus palabras tranquilas e inteligentes.

Se echa de menos ese hablar pausado y reflexivo, ese devenir de las ideas, esa manera suya de ser tan sencillo y tan bueno.

Yo supongo que la muerte es siempre absurda, soterrada y sin sentido. Pero con la muerte de Carlos Cerda quedo con la sensación aterradora de que en la vida siempre se pierde, que el plazo siempre se acaba y que no hay forma de cumplir con toda la tarea. Porque Carlos quería vivir y tenía todavía muchas tareas pendientes. El estudio de la Poética que quería dejarle a sus alumnos y a la Escuela quedó rezagado entre las nostalgias.

La última vez que lo vi, en el Hospital de la Católica, Carlos estaba preparando el lanzamiento de su "Escrito con L" que se realizaría en la Feria del Libro. Parecía un empresario, un director de una orquesta entusiasta. Pedía opiniones, definía criterios. Su ánimo no guardaba ninguna relación con lo que sabíamos de su salud. De hecho no le fue posible asistir a ese lanzamiento porque la muerte tan anunciada le llegó primero.

Desde hace meses que reflexiono sobre ese misterio. ¿Por qué Carlos no se entregaba, no se despedía, no nos permitía ese pequeño momento solemne de decirle adiós con cariño y gravedad? ¿Es que nunca se pueden hacer los gestos precisos y certeros, será que nunca se encuentran las palabras apropiadas a lo que se está viviendo? Hoy comienzo a encontrar una respuesta. Carlos era una persona sensible y tímida. Rechazaba la idea de ser el protagonista, no quería estar expuesto al primer plano. Ofrecía su obra, sí, pues eso es distinto. En una obra hay una mediación estética, estilizada. Pero se defendía de la enfermedad que lo dejaba vulnerable a los lugares comunes, a las frases salidas de tono, al me-



lrodrama, a los comentarios de buena educación. Negar la gravedad de su situación –creo haber comprendido– era la manera que tenía Carlos de no permitir que su enfermedad lo arrastrara en la morbosidad y el mal gusto de la compasión. Fue nuestra culpa si vimos en esa defensa una prueba de salud y si quisimos creer que iba a ganar la batalla a la muerte.

Ya no queda lugar para los remordimientos. Pero qué lástima tan grande no haber empujado la conversación, no haberle dicho que por lo menos por nuestros alumnos de dramaturgia no se preocupara, que yo haría todo lo posible por transmitirles todo lo que de él había aprendido y no sólo lo que él me había enseñado. Para Carlos Cerda el autor era una persona seria, que debía preguntarse sobre el hombre, reflexionar, dar respuesta a la pregunta del sentido. Lo demás son los estilos y los estilos cambian. El profesor Cerda me dejó con un gran problema: ¿cómo desarrollar en los alumnos la sensibilidad hacia lo dramático? ¿Cómo hacer que se vinculen con las fuentes de todo conflicto humano? ¿Cómo ayudar a que descubran la belleza y la ternura que hay en nosotros tan prisioneros en el tiempo, tan vulnerables en nuestras pasiones, tan caprichosos con nuestra chispa de inmortalidad? Tal vez –como él decía– la respuesta esté en la Tragedia Griega, en visitar los orígenes del teatro occidental. No lo sé. Pero sé que tengo esa tarea y con Carlos Cerda ese compromiso. La peor amenaza de la escritura es la banalidad.

Inés Stranger